



*BIOGRAFÍA Y POLÉMICA. EL INCA GARCILASO Y EL ARCHIVO COLONIAL  
ANDINO EN EL SIGLO XIX*

Enrique E. Cortez (Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2018)

La figura y la obra de Gómez Suárez de Figueroa, el *Inca Garcilaso*, goza en la actualidad de un reconocimiento y de una autoridad ampliamente reconocida, pero no siempre fue así. El profesor de Portland State University, Enrique E. Cortez, en una magnífica monografía desenmaraña el camino que los textos del cuzqueño recorrieron desde la rebelión de Tupac Amaru II hasta inicios del siglo XX para disfrutar del consenso que hoy día merecen.

En este libro y buscando este objetivo el profesor Cortez se vale en primer lugar del concepto archivo propuesto por Foucault, para desde ahí comenzar un interesantísimo análisis de, principalmente, los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso como un texto que en sí mismo es un «archivo colonial». Es decir, la obra del mestizo es algo más que una composición, pues según esta corriente encerraría una huella-pervivencia de un pasado imperial-administrativo, otro criollo y un último indígena. Así, un archivo quedaría configurado por algo más que sólo lo que puede ser archivable y, por tanto, el texto de Garcilaso debe ser considerado un archivo. Además de ello, en consideración de Cortez, la finalidad de un archivo colonial siempre será la legitimidad de esta dominación sobre un territorio concreto y la misma meta podría adjudicársele a Garcilaso y sus obras. Es en este momento de la monografía en el que entra en juego no solo la producción del Inca, sino también su biografía como soporte de la misma y como definición de ese archivo colonial que supone. En palabras del propio autor: «no es posible entender la cuestión del archivo colonial sin estudiar quién es el archivista».

A partir de ello, la monografía entraría en analizar la recepción de este archivo colonial que es la obra del Inca Garcilaso en dos contextos diferenciados durante el siglo XIX: el extranjero –entendiéndose como tal los Estados Unidos y España– y el propio Perú. En el primero de estos grupos, Cortez analiza con brillantez el importante, arraigado y mantenido enfoque que hizo de los *Comentarios Reales* el historiador estadounidense William H. Prescott. En los estudios de este investigador bostoniano el Inca Garcilaso quedará encuadrado de forma ambivalente entre un autor de Historia y de Literatura; aunque, como se refleja en el libro, su garrafal error de confundir la factura de la segunda

parte del *Señorío de los Incas* de Cieza de León lastrará sus juicios posteriores. De la misma procedencia nacional será la siguiente evaluación sobre Garcilaso traída a colación. En este caso se trata George Ticknor, quien calificó al cuzqueño de escritor menor en lo literario y de poco valor en lo historiográfico, negando cualquier valor a sus textos. Sea como sea, según Cortez, ambos autores realizaron una lectura anacrónica del Inca al calificarlo según valores decimonónicos y no juzgarlo en el contexto intelectual de los siglos XVI y XVII.

A estas opiniones se enfrentará intelectualmente Marcelino Menéndez Pelayo, situando al Inca Garcilaso como una de las cumbres de la Literatura en español y canonizando toda su producción. De esta manera, frente al descrédito que Ticknor dio al Inca envolviéndolo de un «catolicismo decadente», Menéndez Pelayo ensalzará el valor de su obra dentro de un contexto de «catolicismo civilizador» en América. De igual manera, el erudito cántabro se opondrá a las ideas ambivalentes de Prescott y, sin entrar en debates historiográficos, calificará al cuzqueño sólo como literato y precursor del género novelesco. Unos debates que Cortez hila, cita y disecciona con maestría.

Pero si interesante parece esta reconfiguración y recepción de la obra del Inca Garcilaso en el extranjero, el «redescubrimiento» de sus textos en el Perú no es menos atractivo para el lector. Para el país andino, como apunta Cortez, el cuzqueño se presentaba como una oportunidad de construir una narrativa histórica que uniese los períodos prehispánicos y colonial y lo hiciera justo en las primeras décadas de la República emancipada. Así, a partir de 1820 el Inca Garcilaso ofrece a la joven nación un pasado heroico y un futuro común. Sin embargo, para ello primero había que limpiar de los adjetivos peyorativos que sobre el cuzqueño y sus textos llegaban desde fuera y habían calado dentro de la intelectualidad peruana. En este caso, como se recoge en el libro, la influencia de Prescott en las *Antigüedades peruanas* de Rivero y Tschudi será muy importante, hasta el punto de desacreditar los *Comentarios Reales* por considerarlos un texto muy parcial y alejado de los cánones decimonónicos de la historiografía. En una corriente similar, pero sin tanta influencia foránea, se situaría Manuel González de la Rosa. Para este historiador peruano la verdadera cumbre de la producción histórica del siglo XVI en los Andes estuvo en los textos de Pedro Cieza de León y el Inca Garcilaso, sin negar su valía, no sería más que un recopilador de fuentes de este autor y del jesuita mestizo Blas Valera, quien durante mucho tiempo fue considerado por algunos como el verdadero autor de los *Comentarios Reales*.

Como el propio Cortez apunta, la puesta en valor de Garcilaso en su propio contexto andino fue dificultosa. Para ello, en el libro se apuntan dos figuras capitales: José de la Riva Agüero y José Toribio Polo. El primero de ellos se enzarzó en un debate intelectual con el citado González de la Rosa para defender la valía y talla del Inca Garcilaso. Para este choque se valió de la publicación del Instituto Histórico del Perú, la *Revista Histórica*, donde no dejó de resaltar el valor como historiador del cuzqueño. Según Riva Agüero la tradición que buscaba la joven República se encontraba en Garcilaso y esos cimientos estaban muy bien representados en él como producto por excelencia del mestizaje entre lo español y lo indígena. Igual defensa realizará Polo, pero en su caso se basará en la rehabilitación biográfica del Inca como soporte a la veracidad del relato contenido en sus textos-archivos. De estos trabajos de Polo y de su rastreo historiográfico saldrá la construcción iconográfica más difundida de Garcilaso: el retrato de González Gamarra. En cualquier caso, de la unión de estos esfuerzos derivará, como bien explica Cortez, la erección del Inca Garcilaso como el mayor símbolo de la peruanidad, la figura que une por su propio mestizaje y que en su obra apunta cimas historiográficas y literarias de un país que aún estaba construyendo su identidad a principios del siglo XX.

Así pues, nos encontramos con una monografía fruto de la erudición, de la acumulación de fuentes procedentes de varios contextos geográficos y lingüísticos y que durante un siglo debatieron en torno a un mismo eje: el Inca Garcilaso y su obra. Es por ello por lo que el libro del profesor Cortez se ha convertido ya en una referencia indispensable para conocer el alcance de la producción del mestizo cuzqueño y entender su importancia depurada de interpretaciones.



ISMAEL JIMÉNEZ JIMÉNEZ